

# CARTA PASTORAL

---

**En el Jubileo del año 2025**

# **Peregrinos de la esperanza**

Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo prior de Ciudad Real

**Edita:** Diócesis de Ciudad Real  
c/ Caballeros, 5 • 13001 Ciudad Real  
**Correo electrónico:** [comunicacion@diocesisciudadreal.es](mailto:comunicacion@diocesisciudadreal.es)  
**Diseño y Maquetación:** Delegación Diocesana de Comunicación  
**Imprime:** Artes Gráficas Garrido.

Carta pastoral en el Jubileo del año 2025 «Peregrinos de la esperanza»

Depósito legal: CR 437-2024

© Todos los derechos reservados

# CARTA PASTORAL

En el Jubileo del año 2025,

## **Peregrinos de la esperanza**

Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo prior de Ciudad Real



# **INTRODUCCIÓN**



## INTRODUCCIÓN

Con el título «Peregrinos de la esperanza» ha anunciado el Papa la celebración del Jubileo del año 2025, como jubileo ordinario para toda la Iglesia, que se celebra en la misma cada veinticinco años.

Un acontecimiento y un título muy importantes, porque significan una llamada a toda la Iglesia, y a cada uno de los creyentes en Cristo, a vivir el año 2025 como un año de gracia, en el que todos tendremos la oportunidad de renovar nuestra fe. Con este motivo, también podremos reavivar nuestra esperanza, renovación y reavivación de nuestro ánimo, tan importantes en este momento histórico, en el que el mundo, la Iglesia, y cada uno de nosotros, sentimos la necesidad de esta esperanza para vivir nuestra identidad cristiana, nuestra realidad de seguidores de Cristo, y nuestra condición de agentes de evangelización, con ilusión y alegría.

Los jubileos, llamados también *años santos*, existen en la Iglesia desde el año 1300, en el que el papa Bonifacio VIII convocó el primer jubileo con la intención de que se repitiera cada cien años. El papa Martín V lo redujo a

33 años, en recuerdo de la edad de Cristo. El papa Paulo II los redujo a veinticinco años, con la intención de que cada generación pudiera participar en, al menos, un jubileo en la vida y pudiera obtener el perdón de todos los pecados, lucrándose de la indulgencia plenaria.

Se trata ahora del jubileo ordinario que se repite cada veinticinco años. El último jubileo ordinario fue con san Juan Pablo II, que convocó el *gran jubileo del año 2000*. En 2015, el papa Francisco convocó el *Jubileo extraordinario de la misericordia*, pues los papas pueden convocar jubileos extraordinarios cuando lo crean necesario.

El jubileo del año 2025 entra, por tanto, dentro de los jubileos ordinarios que se proclaman y celebran cada veinticinco años.

El jubileo del año 2025 incluye la apertura de la *puerta santa* de la Basílica de San Pedro y, como es tradicional, los peregrinos que atraviesen esa puerta en 2025 se lucrarán de la indulgencia plenaria, siempre que cumplan las siguientes debidas condiciones:

- El arrepentimiento de los pecados y la recepción del sacramento del perdón.
- La recepción de la comunión eucarística.
- Oración por las intenciones del Papa.
- Realización de una acción de caridad o de piedad.
- Peregrinación a Basílica de San Pedro o a otras Iglesias y lugares a las que el Papa autorice.

«Atravesar la puerta Santa no es algo mágico, sino que significa, redescubrir la misericordia de Dios Padre, que acoge a todos y sale al encuentro de cada uno. Él es quien nos busca, quien viene a nuestro encuentro».

Así lo expresó el papa Francisco al abrir la puerta santa del jubileo en la Basílica de San Pedro, el 8 de diciembre de 2015, en el jubileo de la misericordia.



**¿POR QUÉ PEREGRINOS  
DE LA ESPERANZA?**



## **¿POR QUÉ PEREGRINOS DE LA ESPERANZA?**

El papa Francisco ha elegido para este Jubileo del año 2025 el título de «Peregrinos de la esperanza», porque está convencido de que, el mundo en general, y los creyentes en particular, estamos necesitados de esperanza en muchos aspectos.

La celebración del Jubileo como peregrinos de la esperanza, indica que debe ser un jubileo en el que el centro de éste sea la realidad de la esperanza, para el mundo y para la Iglesia.

Con el Papa, todos sentimos que el momento actual del mundo y de la Iglesia es un momento falto de esperanza y está necesitando de un acontecimiento, como debe ser el Jubileo del 2025, para tomar conciencia de que necesitamos reavivarla en nosotros, porque, sin la esperanza la evangelización del mundo no es posible.

**A** El momento actual del mundo y de la Iglesia es un momento lleno de dificultades, en el que debe renacer la esperanza.

El momento actual del mundo y de la Iglesia es un momento lleno de dificultades para hacer realidad la evangelización que el mundo necesita y que la Iglesia tiene que hacer realidad, porque es la misión confiada y recibida del mismo Cristo.

Los últimos veinticinco años han significado, como ha subrayado repetidamente el papa Francisco, para la sociedad y para la Iglesia un auténtico cambio de época.

En los últimos veinticinco años hemos vivido, y estamos viviendo, una verdadera y penosa pérdida de valores humanos y cristianos.

Los agentes de la evangelización tienen la sensación y el sentimiento general de no encontrarse a gusto en la tarea evangelizadora, en la que se ponen muchos esfuerzos y se obtienen muy pocos frutos.

La transmisión de la fe de unas generaciones a otras, que hace unos años la realizaba la familia y desde la familia como algo normal, hoy no la realiza, porque las familias se han descristianizado y no transmiten la fe a los hijos, porque los padres son incrédulos y, por lo mismo, no les preocupa la fe, ni la suya ni la de sus hijos, porque ellos

mismos están viviendo al margen de ella, incapacitándose para acompañar a los hijos en la vivencia y valoración de Dios y en la vivencia de la fe en Él, simplemente, porque nadie da lo que no tiene.

El fenómeno de la pandemia mundial, que afectó a todos los países del mundo, que además de hacernos sufrir el drama de morir en soledad, la incertidumbre y la fugacidad de la existencia, cambió también toda nuestra vida. Como cristianos, hemos pasado todos los mismos sufrimientos. Nuestras iglesias cerradas, nuestras libertades personales y sociales limitadas, despertó el miedo en las personas, la impotencia, la duda, el desconcierto y se redujo la amplitud de miras en nuestra vida.

En nuestro contexto sociocultural actual, la pregunta sobre Dios y sobre la fe pasa desapercibida, porque no tiene relevancia social, actitud ésta que dificulta la apertura a la fe.

La religiosidad popular, que en otros momentos ha ayudado a muchas personas, y era algo que ayudaba a abrirse al encuentro con Dios, hoy se ha convertido en algo que la sociedad valora sólo en su dimensión cultural y de espectáculo, pero muy poco en su dimensión creyente.

Los mismos sacerdotes en la vida de las parroquias experimentan una falta de entusiasmo, de ilusión en su tarea, al experimentar y comprobar que los frutos de sus trabajos y de sus esfuerzos son muchos menos que los fracasos en sus iniciativas evangelizadoras.

Los evangelizadores, en general, experimentan la desorientación y el desánimo en la búsqueda de modos más eficaces de hacer presente al hombre de hoy el anuncio de Jesucristo y su mensaje. Lo que era válido ayer, no es válido hoy, y tantas veces se ven sin iniciativas ni preparación suficiente para asumir nuevos métodos para llegar a la gente y poder hacerles el anuncio de Jesucristo.

Las mismas iniciativas actuales de evangelización no se ven acompañadas de los resultados que al ponerlas en marcha se esperaba de ellas, porque no tienen una acogida suficiente o la tienen en muy pocos creyentes a los que van dirigidas.

Estas, y otras muchas circunstancias y realidades, producen disgusto, pesimismo y desánimo en los agentes de la evangelización y en los cristianos en general.

Este desánimo, disgusto y pesimismo se traducen muchas veces en una falta de ilusión por la tarea evangelizadora y una falta de esperanza, ante tantas dificultades y tan pocos resultados positivos. Es nula casi la relación entre el trabajo y el esfuerzo que se ponen y los resultados que se obtienen, lo cual lleva a dejar de creer en lo que se hace y a pensar que lo que se hace no sirve.

Así nos encontramos con muchos agentes de evangelización sin ilusión, sin ardor pastoral, desconfiados y desorientados ante lo que deben hacer, pues sienten que es

mucho el esfuerzo que ponen y muy poco el resultado que consiguen.

Tantas y tantas son las dificultades que encontramos hoy para llevar el mensaje cristiano al corazón del mundo, que decía san Juan Pablo II. Dificultades de las que tenemos que ser muy conscientes y no debemos ignorar, pero que, al mismo tiempo, no tienen que bloquearnos ni paralizarnos, sino que deben llevarnos a encontrar sentido y positividad ante la existencia de otras realidades que, junto a las dificultades, nos encontramos en estos momentos.

## **B** Motivaciones positivas desde donde encontrar y recobrar estímulo, ilusión y esperanza.

**A.** La primera y la más importante motivación de nuestro ánimo, nuestra ilusión y nuestro ardor pastoral, la encontramos en el encuentro con el Maestro y su Palabra. Nosotros no somos francotiradores que luchamos en solitario, sabemos que el Señor cumple su promesa y nos acompaña siempre. Él es quien tiene que hacer fructificar la obra de nuestras manos, porque Él ha sido quien nos ha encomendado la misión de anunciarlo a Él y su mensaje:

«Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (*Mt* 28, 18-20).

No podemos fijarnos sólo en las dificultades que encontramos. Aunque debamos conocerlas y tenerlas en cuenta, ellas no pueden paralizarnos y dejarnos sin sentido, ni quedarnos solo en el lamento y la desilusión. Nuestra vida no debe quedar paralizada, ni obsesionada con las dificultades que encontramos en la tarea, sino que debemos centrar nuestra atención, mucho más, en las fuerzas positivas con las que contamos para cumplirla.

Tal vez, las dificultades puedan ser y parecer mayores, porque las consideremos sólo desde nuestras solas fuerzas personales y no contemos con la parte que le corresponde a Dios a la hora de afrontarlas y que tiene la parte mayor para que podamos superarlas, porque si no metemos a Dios en nuestra vida y en la superación de las dificultades, seguro que, entonces, no tenemos suficientes fuerzas para superarlas.

El Señor nos ha hecho partícipes de su misma misión y nosotros hemos de responderle con generosidad, pero contando siempre con que no todo depende de nosotros, que hay algo muy importante que depende del Señor y Él va a cumplir siempre su palabra y nosotros tenemos que contar con Él y con su ayuda siempre.

La presencia de Dios en nuestra vida debe darnos confianza, esperanza, ilusión y ardor pastoral, para trabajar por el Reino a pesar de las dificultades que podamos encontrar y tener.

Cuando las dificultades nos paralizan, nos obsesionan y damos vueltas y vueltas a las mismas, y no logramos salir del círculo de la dificultad, obsesionándonos con ellas, pero sin solucionarlas ni salir adelante a pesar de ellas, tal vez tengamos que preguntarnos si la fe es la que mueve nuestra vida o la mundanidad se ha introducido en nosotros, y los criterios con los que actuamos no son tanto los criterios de la fe, cuanto los criterios del mundo y de la sociedad en la que estamos inmersos.

El Año Santo del Jubileo del año 2025 tiene que ser para todos un año de gracia, un año de conversión en todos los sentidos: personal, pastoral y estructural, especialmente para pensar cada cual, desde su propia vocación, cómo está viviendo el encargo de Cristo de ser agente de evangelización en este momento histórico que vivimos, porque como dice el papa Francisco: todo bautizado, por el hecho de serlo, es y debe ser un verdadero agente de evangelización, pero mucho más aquellos que por vocación hemos entregado toda nuestra vida a cumplir la misión evangelizadora que el Señor nos ha confiado.

Si esta pregunta se la tiene que hacer cualquier bautizado, mucho más deberemos hacérsela especialmente los que hemos sido llamados por el Señor a dedicar nuestra vida por entero a anunciarlo a Él y su mensaje. Los religiosos, las religiosas y los sacerdotes tenemos que situarnos y responder a esta misma pregunta con nuestra vida y ser conscientes de en qué medida contamos con Dios para superar las dificultades que encontramos, si creemos que el Señor nos acompaña siempre o si no nos creemos francotiradores que luchan en solitario por superar esas dificultades nos van a resultar menos dificultades y menos difíciles de superar.

Para que las dificultades, que las hay y no podemos ignorarlas, no nos paralicen, no nos desconcierten ni nos obsesionen, es necesario que creamos, de verdad, en la

grandeza de la misión que Dios nos ha confiado y en la seguridad de que Dios, como decía san Pablo, «me hizo capaz, se fio de mí y me confió este ministerio» (*1 Tim* 1,12), nos ayuda y nos acompaña y está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, y que es Él quien tiene que hacer fructificar las obras de nuestras manos, aunque cuente con nuestra aportación.

Con este convencimiento, que sólo se puede tener desde una fe madura y actualizada en cada momento, no hay lugar para la desilusión, el desánimo ni la falta de celo pastoral, sino para la ilusión, el entusiasmo y la entrega a la gran misión que el Señor nos ha confiado, para la que Él nos capacita y nos ayuda continuamente para llevarla adelante.

**B.** Otra motivación en la que debemos apoyarnos para que, a pesar de las dificultades que tengamos, podamos y debamos seguir ilusionados, fortalecidos y esperanzados, es el testimonio de tantas personas que, a pesar de las dificultades del momento actual para vivir y ser testigos de la fe, siguen siendo verdaderos creyentes y agentes de evangelización, que viven y comunican su fe a los demás, apoyados en el Señor que los acompaña siempre y los hace fuertes.

La falta de ilusión, la disminución del celo evangelizador y de la esperanza, cierran nuestra mente y nuestro corazón para percibir y valorar la riqueza espiritual de

tantas personas que están tratando de vivir su vida desde Dios y desde su fe; personas que siguen teniendo a Dios, como quien da sentido a toda su vida y a sus circunstancias personales vividas desde una fe sencilla, pero auténtica, y que necesitan también de nuestro acompañamiento, para que sigan siendo testigos de su fe en la vida normal y en todas las circunstancias de la vida.

Son tantos matrimonios que, en medio de una sociedad que no valora la institución matrimonial ni los compromisos de fidelidad, ellos luchan, con toda su fuerza, para cultivar y cuidar su matrimonio y para ser fieles al mismo desde la fe.

Son tantos padres que, a pesar de las dificultades en la educación actual de sus hijos, no desisten en esmerarse y siguen en la brecha ofreciendo a sus hijos una educación humana y cristiana auténtica y, aunque a veces experimentan la escasez de resultados y frutos de su empeño, ellos siguen intentándolo, una y otra vez, con sus palabras, su acompañamiento y su testimonio como personas y padres cristianos que viven personalmente su fe.

Son tantas y tantas personas enfermas que, ante una enfermedad que les han detectado en su vida, no pierden la confianza ni la esperanza en el Señor, sino que la viven con entereza y alegría, siendo un ejemplo au-

téntico de fe para cuantos los contemplan, porque su testimonio manifiesta que es la fe y la fuerza de Dios quien los sostiene, y saben que Dios los acompaña con su gracia, para seguir cumpliendo su voluntad con entereza y decisión.

Son tantos jóvenes que, en medio de una juventud que solo piensa en divertirse, en tener mucho dinero, en gozar a costa de lo que sea, ellos se han encontrado con el Señor y le preguntan con el corazón abierto: «Señor. ¿Qué quieres de mí?»; y cuando descubren que Dios los llama por camino determinado, ellos tratan de buscar ayuda para responder al Señor positivamente, y ser un instrumento dócil en las manos de Dios.

Son tantos sacerdotes que, desde una vida bien enraizada en Cristo, están plenamente entregados a las tareas evangelizadoras que Dios les ha confiado y luchan a contracorriente, anunciando a Dios y su mensaje a los hermanos: hombres y mujeres de hoy que buscan en su corazón a Dios y su fe y que, con su acompañamiento como sacerdotes, los ayudan a encontrarse con el amor de Dios que se preocupa por ellos y comienzan a seguir la llamada del Señor y convertir su vida desde donde y por donde Dios les pida.

Son todos esos *nuevos movimientos* y *nuevos métodos* que están surgiendo como instrumentos al servicio de la evangelización y cuyos miembros luchan para hacer

nacer en ellos y en los demás la vida de Dios y se entregan por entero para lograrlo.

Son tantas y tantas personas que han entregado su vida a Dios como personas consagradas en la vida activa al servicio de las necesidades de los demás, y así están cumpliendo su vocación de anunciar a Cristo y su mensaje a través de su testimonio de vida de consagración a Dios y a los hermanos. Tantas y tantas personas que, desde una vida contemplativa, con su oración por toda la Iglesia y por todo el mundo, sostienen a los que desde el mundo y en el mundo trabajamos por extender el Reino de Dios y que, con su oración, apoyan y facilitan nuestra tarea como agentes de la pastoral en el cumplimiento del encargo del Señor y encomendando al Señor todas nuestras necesidades, dificultades y afanes evangelizadores, son nuestra fortaleza en la lucha por ser fieles a lo que el Señor nos pide. Tantas personas que buscan a Dios sin saberlo, llevando una vida honrada y, a los cuales, todos los seguidores de Cristo estamos llamados a anunciarles su persona y su mensaje y que cuando logran encontrarse con Él, lo siguen llenos ilusión, porque Él da sentido a su vida.

Mirar, fijar nuestra mirada y nuestro corazón en todas estas personas y todos las realidades vividas por ellas, necesariamente nos animan a nosotros a luchar con ilusión y ardor por superar las dificultades que encontramos en nuestra acción evangelizadora, a la vez que

nos hacen una llamada a comprometernos con ellas y a entregarnos a ellas, porque también ellas necesitan de nuestro acompañamiento, de nuestro ánimo y de nuestra ilusión para ser todos agentes activos de evangelización, que con su vida y su testimonio puedan animar a los demás.

En ellos, y desde ellos, podemos recobrar también nosotros nuestra ilusión y nuestra esperanza y encontrar sentido a nuestra tarea, que es anunciar a Cristo y sembrar su mensaje redentor de todos los demás. El Señor nos hará entender que, aunque nos encontremos con una sociedad que quiere prescindir de Él, nuestra misión es sembrar, y eso lo deberemos seguir haciendo en medio de mundo laicista, aunque los resultados, a veces, sean mínimos, sabiendo siempre que el que tiene que hacer fructificar nuestras obras es el Señor.

No tenemos que olvidarnos de mirar a todo lo bueno que nos rodea, mirar a tantas personas que, aunque el mundo actual parezca que quiere olvidar a Dios, hay también muchas personas que lo buscan insistentemente y otros que ya lo han encontrado y son un testimonio para los demás.

No podemos olvidar que, junto a las dificultades que nos rodean, a la vez, estamos rodeados de personas buenas, comprometidas y fieles, que hemos de integrar en la misión común de todos que es la evangelización de este mundo, con el que no estamos de acuerdo.

La integración de estas personas y de su testimonio nos va a ayudar a todos a luchar y a aunar fuerzas para lograr un mundo mejor, en el que Dios esté más presente en todo momento, no porque Él no esté presente siempre, sino porque lo vamos a sentir mucho más cercano, contemplando su presencia y su actuación en todos los que creemos en Jesús y luchamos por cambiar este mundo, desde el mensaje salvador de Cristo, para que sea un mundo más de acuerdo con el sueño de Dios.

### C. Necesidad de la esperanza para evangelizar.

La esperanza no es algo facultativo, que se pueda tener o no tener para evangelizar. Necesitamos tener esperanza, una esperanza fresca, renovada para seguir luchando, para seguir evangelizando este mundo en el que la fe tantas veces brilla por su ausencia.

Necesitamos hacer renacer en nosotros la esperanza desde nuestra mirada al Salvador, que es la razón y la causa de nuestra esperanza, porque no estamos solos, sino que Él está con nosotros.

Necesitamos ser personas de esperanza, creyentes esperanzados para acompañar a todas esas personas y colectivos que empeñan su vida en hacer presente a Cristo, a sus familias, a los que están alejados de su mensaje dándoselo a conocer, a los que buscan y no encuentran a ese Alguien que de sentido a su vida.

Tenemos que contar con todos los que ya están implicados en dar a conocer a Jesucristo e integrarlos plenamente en la acción evangelizadora, como alguien que tiene mucho que aportar y que, a la vez, necesitan de alguien que los siga ayudando, acompañando en ese itinerario de evangelizar el mundo con su palabra y con su testimonio.

Todos hemos de preguntarnos constantemente cómo, dónde y a quién hacer el anuncio de Jesucristo, como el único que puede llenar de frescura nuestra vida apostólica y evangelizadora; el único que nos puede liberar de nuestras desganas, desilusiones y falta de ardor evangelizador, porque sólo Él podrá hacer que las obras de nuestras pobres manos fructifiquen de verdad y nos anime a seguir luchando y poniendo todo lo que esté de nuestra parte, para que la evangelización de este mundo, sea, algún día, una realidad.

Sin esperanza no es posible la evangelización. Es Dios quien tiene que renovar en nosotros esta esperanza, que necesitamos, para seguir dando todo lo que somos y tenemos a favor de ésta.

El papa Francisco, en el discurso dirigido a los sacerdotes, diáconos y seminaristas en la JMJ de Lisboa el año 2023, comentando el pasaje del Evangelio de San Lucas 5,2 y ss., les decía que, en este pasaje que narra cómo los discípulos habían estado pescando durante toda la noche y no habían pescado nada, Jesús los ve

cansados, lavando las redes para irse a casa, resignados porque no les quedaba más remedio porque estaban con las manos vacías.

Les decía el Papa:

«También nosotros en el camino eclesial podemos experimentar un cansancio parecido, cuando nos parece que entre las manos solo tenemos redes vacías. Este es un sentimiento que aparece especialmente en los países de antigua tradición cristiana, afectados por los grandes cambios sociales y culturales y marcados cada vez más por el secularismo, la indiferencia hacia Dios, y el creciente distanciamiento de la práctica de la fe y viviendo la mundanidad.

Todo esto produce desánimo y de ello tenemos todos experiencia. El riesgo es bajarse de la barca y quedar atrapados en las redes de la desilusión, la resignación y el pesimismo. Es necesario en estos casos ver que Jesús sigue tendiendo la mano y sosteniendo a su Iglesia.

Es necesario que llevemos ante el Señor nuestras fatigas y nuestras lágrimas, para poder afrontar las situaciones pastorales y espirituales, dialogando entre nosotros, con apertura de corazón para emprender nuevos caminos y seguir.

Cuando estamos desanimados, nos jubilamos del celo apostólico, lo vamos perdiendo y nos vamos transformando en “funcionarios de lo sagrado”. Es muy triste cuando alguien que ha consagrado a Dios su vida, se transforma en “funcionario de lo sagrado”, en mero administrador de cosas.

Jesús, apenas que los discípulos bajan de la barca se sube a la misma y les invita a echar de nuevo las redes.

En los momentos de falta de celo, de desánimo tenemos que dejar que Jesús suba a la barca de nuevo con ilusión del primer tiempo, que debe ser revivido, reconquistado y reeditado.

También hoy, Jesús pasa por las orillas de nuestra existencia para reavivar en nosotros la esperanza y decirnos como a Simón: “Rema, navega más adentro y echa las redes” (*Lc 5,4*).

Que estamos viviendo en un tiempo difícil, lo sabemos, pero sobre todo esa resignación amarga, es como él gusano que corroe el alma. Por eso hoy Jesús pregunta a su Iglesia, a cada uno de nosotros: ¿Quieres bajarte de la barca y hundirte en la desilusión, o dejarme subir y que sea una vez más la novedad de mi Palabra

la que lleve el timón? ¿Te conformas solo con el pasado que tienes detrás o te atreves a echar nuevamente con entusiasmos, las redes para la pesca?

Esto es lo que nos pide el Señor, que reavivemos la inquietud por el evangelio. Cuando uno se va acostumbrando y se va aburriendo y la misión se transforma en una especie de empleo, es el momento de dejar lugar a esa segunda llamada de Jesús, que nos llama de nuevo siempre».

Así animaba el Papa a sacerdotes, religiosos y seminaristas a mantener viva la esperanza, en la JMJ de Lisboa comentando este texto del evangelio de San Lucas

**D.** Para mantener viva la esperanza, necesitamos estar bien enraizados en Cristo con una espiritualidad profunda.

Nuestra vida sacerdotal y ministerial, debe estar plenamente enraizada en Cristo. Sin este enraizamiento, nuestra vida y nuestro ministerio será cada día más estéril, nos resultará más difícil y encontraremos menos sentido en lo que hacemos y trabajamos.

Dios siempre es fiel y mantiene su alianza y su compromiso con nosotros, y si nos ha dicho: «Yo estaré con

vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20) nos hará sentir su presencia y nos dará fuerza para seguir siendo generosos con lo que nos pide la misión evangelizadora que Él nos ha confiado.

Para ello, todos necesitamos renovar cada día nuestra espiritualidad, porque, casi seguro que, es nuestra frágil e incluso nuestra escasa espiritualidad, la causante principal de nuestra flojera pastoral, de nuestro desánimo y de nuestra falta de sentido de lo que hacemos.

Necesitamos una espiritualidad fuerte y auténtica que nos haga fuertes y animosos frente a ese ambiente que nos desanima, frente a una sociedad que parece que se ha empeñado en no admitir a Dios en ella, y en ofrecer otros caminos que predicán otros valores distintos o contrarios a los de Cristo.

Necesitamos, como dice el Papa, «dejarnos fascinar por Jesús», cuestionando nuestra vida desde el evangelio y desde Él, «no tener miedo a dejarnos turbar por la presencia de Cristo que nos sigue invitando a entregar nuestra vida», para que la evangelización sea una verdadera realidad en nuestro mundo, en nuestras comunidades y entre nuestra gente y que ella sea la que mueva constantemente nuestro trabajo y nuestra ilusión por conseguirla.

«A tiempos recios, amigos fuertes de Dios», que decía santa Teresa de Jesús. Nuestra vida apostólica sólo per-

durará imbatible en cada uno de nosotros, si está bien enraizada en Cristo, porque, como Cristo nos dijo: «sin mí no podéis hacer nada» (*Jn 15, 5*) y de ello tenemos todos una experiencia propia: cuando nuestra espiritualidad es fuerte, fresca y viva, las dificultades son menos, cuando es escasa, mustia y débil, las dificultades se acrecientan por momentos.

Este enraizamiento en Cristo nos permitirá no dejarnos llevar por la mundanidad, por la comodidad o el desánimo, porque las situaciones de desánimo, de desilusión y de poco ardor son las que nos hacen perder el verdadero sentido de nuestra misión, de nuestra vida y de nuestra vocación.

La mundanidad no es solo algo que está en el mundo, también se ha metido en la Iglesia a través de nosotros y de tantos cristianos que, sin darnos cuenta, nos hemos dejado dominar por ella y, tantas veces, actuamos más desde los criterios del mundo que desde los criterios del evangelio, de Dios y de nuestra fe.

La fuerza de la mundanidad reinante en nuestra sociedad, y la debilidad de nuestra espiritualidad, nos hace ir perdiendo poco a poco, o a pasos agigantados, el sentido de Dios en nuestra vida, y notamos más la flojera pastoral en nuestro ministerio.

La grandiosidad y la exigencia de nuestra misión y de nuestra entrega al ministerio reclaman, necesariamen-

te, una recuperación personal y ministerial desde la fe y desde nuestra confianza y esperanza en Dios.

Necesitamos recuperar nuestra esperanza, pero ésta solo la recuperaremos desde la recuperación de nuestra espiritualidad profunda, que nos haga mirar el mundo con los ojos de Dios, descubriendo lo bueno que existe en este mundo para amarlo y lo negativo del mismo para transformarlo desde el mensaje de Cristo.

La evangelización y la tarea evangelizadora no se hace sin una vida profundamente enraizada en Cristo ni una fe profunda y adulta alimentada y sostenida por el trato asiduo con Dios, desde el que nos preguntemos: «¿Qué quiere Dios de mí en este momento?», a la vez que le pedimos que nos ayude a entregarnos por entero a la misión que Él nos ha confiado.

Sólo así veremos fortalecida nuestra fe y mantendremos viva la esperanza, y encontraremos rejuvenecida nuestra entrega, para vivir plenamente nuestra misión evangelizadora.

Una auténtica espiritualidad nos ayudará a que en nosotros haya una verdadera esperanza, y ésta nos ayudará a recuperar la ilusión y el ardor evangelizador. Sólo desde ella lograremos renovar nuestra vida de fe y una verdadera frescura en nuestra tarea apostólica y evangelizadora, que el Señor nos ha confiado a cada uno y a toda la Iglesia.

Una vida bien enraizada en Cristo será la fuente de la alegría evangelizadora desde la que debemos vivir siempre nuestra tarea misionera, porque nos hará sentir la presencia del Señor en nuestra vida constantemente y si Él está con nosotros, ¿quién contra nosotros?

**LA APORTACIÓN  
DE LA CELEBRACIÓN  
DEL JUBILEO  
DEL AÑO 2025**



## **LA APORTACIÓN DE LA CELEBRACIÓN DEL JUBILEO DEL AÑO 2025**

«La celebración del Jubileo del año 2025 puede ayudar y mucho, a restablecer y recuperar el clima de esperanza y de confianza, como signos de un nuevo renacimiento, que todos percibimos como urgente», escribe el papa Francisco en la carta que dirige a Monseñor Rino Fisichella al encomendarle la organización del Jubileo «Peregrinos de esperanza».

El papa recuerda en San Juan de Letrán, el 11 de febrero de 2022, sobre los jubileos, esto:

«El Jubileo ha sido siempre un acontecimiento de gran importancia espiritual, eclesial y social en la vida de la Iglesia. Desde que Bonifacio VIII lo instituyese en 1300, el pueblo fiel de Dios ha vivido esta celebración como un don especial de gracia, caracterizado por el perdón de los pecados y por la indulgencia, expresión plena de la misericordia de Dios».

El papa Francisco, hablando del gran Jubileo del año 2000 decía:

«introdujo a la Iglesia en el tercer milenio de su historia. Juan Pablo II lo había esperado y deseado tanto, con la esperanza de que todos los cristianos, superadas las divisiones históricas, pudieran celebrar juntos los 2000 años del nacimiento de Jesucristo.

Ahora que nos acercamos a los 25 años primeros del siglo XXI, estamos llamados a poner en marcha una preparación que permita al pueblo cristiano vivir el Año Santo en todo su significado pastoral».

Igualmente, recordando los dos años de pandemia, el papa Francisco invita a todos a «mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, y a hacer todo lo posible para que cada uno recobre la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta y corazón confiado».

También dice del próximo Jubileo del 2025 que es un acontecimiento:

«que puede ayudar mucho a restablecer el clima de esperanza y de confianza en toda la Iglesia y en cada uno de los bautizados como agentes de evangelización, como signo de un buen renacimiento que todos percibimos como urgente. La esperanza será posible, si somos capaces de recuperar el sentido de la fraternidad univer-

sal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños, vivir de manera humanamente digna».

Igualmente, en su carta a Monseñor Fisichella, le confía la responsabilidad de encontrar las maneras propias para que el Año Santo se prepare y se celebre con fe intensa, esperanza viva y caridad operante, haciendo de este tiempo de gracia una etapa significativa para la pastoral de las iglesias particulares.

En esta perspectiva, dice el Papa, que el Jubileo podría fortificar y manifestar el camino común que la Iglesia está llamada a recorrer, para ser cada vez más claramente signo de unidad, en la armonía de la diversidad.

Será importante ayudar a redescubrir la llamada universal a la participación responsable, con la valoración de los carismas y ministerios que el Espíritu Santo no cesa de suscitar y conceder a la Iglesia.

El Jubileo, por tanto, traerá consigo un raudal de gracias, tanto a nivel particular como a nivel comunitario y eclesial, pero, sobre todo, ayudará mucho a que el mundo, la Iglesia, y todos los agentes de evangelización, que somos todos los bautizados, y especialmente los que hemos consagrado por vocación específica nuestra vida a la evangelización de este mundo, progrese en la esperanza que nece-

sitamos en este momento, para cumplir con generosidad y alegría la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia y a todos los que pertenecemos a ella de evangelizar, de ir por el mundo entero anunciando a Cristo y su mensaje, para que los hombres y mujeres de todos los tiempos conviertan su vida a Cristo y lo sigan y así el Señor los salve.

**EL AÑO 2024,  
AÑO DE PREPARACIÓN  
PARA EL JUBILEO**



## **EL AÑO 2024, AÑO DE PREPARACIÓN PARA EL JUBILEO**

Todo acontecimiento importante debe ser preparado con ilusión y con entrega, para que realmente produzca los frutos que dicho acontecimiento trae consigo.

El Jubileo, como acontecimiento importante para el mundo y para la Iglesia, debemos prepararlo también poniendo lo que consideremos necesario para que produzca en nosotros los frutos que se esperan de él. Por eso, debemos dedicar todo el año 2024 a esa preparación.

Para el papa Francisco, el año 2024 deberá ser un año dedicado a la preparación del Jubileo, dedicándose a hacer del mismo «una gran sinfonía de oración». Ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor para escucharlo y adorarlo: oración para agradecer al Señor los múltiples dones de su amor por nosotros y alabar la obra de la creación; oración como voz de un solo corazón y una sola alma, que se traduce en compartir el pan de cada día siendo solidarios; oración como vía maestra hacia la santidad, que nos lleva a vivir la contemplación en la acción.

En definitiva, hacer del año de preparación para el Jubileo del 2025, un año intenso de oración en el que los corazones se puedan abrir para recibir la abundancia de la gracia, haciendo del *Padrenuestro* la oración que Jesús nos enseña, como programa de vida de cada uno de sus discípulos.

El Jubileo hemos de prepararlo con una oración intensa durante todo el año 2024, para poder vivir bien este acontecimiento de gracia que es el Jubileo y experimentar la fuerza de la esperanza cristiana.

En la misma línea, Mons. Rino Fisichella, Prefecto del Dicasterio para la Evangelización y encargado del Año Santo, afirmaba en su discurso de presentación del año 2024, como *año de oración*, diciendo que:

«Durante todo el año 2024 deberá emerger mayoritariamente el horizonte espiritual del evento Jubilar, que va mucho más allá de cualquier forma necesaria y urgente de organización estructural».

Todos debemos plantearnos y cultivar así la oración en particular, en las parroquias, en los grupos y movimientos apostólicos; en todos los momentos y lugares donde esté un cristiano, debe recibir esta llamada a descubrir la necesidad de la oración, a valorar la oración en su vida y el encuentro personal con Cristo, el Señor, como algo que

necesitamos constantemente para vivir bien nuestra fe personal y comunitaria, para cumplir con fidelidad nuestra misión apostólica.

En la oración, y en ese encuentro personal con Cristo, nos encontramos con el modelo por excelencia, que es el mismo Cristo, que en su vida valoró, vivió y cuidó siempre su contacto permanente con el Padre, para enseñarnos a nosotros a valorar y vivir la oración personal y comunitaria como él la vivió.

Aprovechemos lo que nos queda del año 2024 para preparar con una oración intensa, continuada y especial este Jubileo; para pedir al Señor que sepamos valorar este año de gracia que nos concede; que experimentemos su misericordia en el sacramento del perdón, y que nos beneficiemos de todo el cúmulo de gracias que nos va a conceder en este Jubileo, para que podamos recobrar nuestra esperanza, y podamos vivir nuestra fe más comprometida y operante nuestra caridad.



**NECESIDAD  
DEL JUBILEO  
DE LA ESPERANZA**



## **NECESIDAD DEL JUBILEO DE LA ESPERANZA**

El papa Francisco lo expresa de esta manera:

«Quizá, hoy más que nunca, necesitamos el Año Jubilar, frente a tantos sufrimientos que provocan desesperación, no solo en las personas directamente afectadas, sino también en todas las sociedades; frente a nuestros jóvenes, que en vez de soñar con un futuro mejor, a menudo se sienten impotentes y frustrados; frente a los nubarrones, que en lugar de retroceder, parecen ceñirse sobre el mundo; el Jubileo es el anuncio de que Dios nunca abandona a su pueblo y siempre mantiene abiertas las puertas de su Reino».

El mundo ha vivido un tiempo duro, triste y de desconcierto e incertidumbre, de pandemia. En él hemos tomado conciencia de la vulnerabilidad del ser humano, de cuyos efectos no lo ha librado ni el dinero, ni el poder económico, ni la técnica. Hemos tomado conciencia de que un virus nos privó de nuestras seguridades, nos hizo cambiar planes que parecían inamovibles, y nos hizo tomar conciencia de nuestra pobreza y vulnerabilidad. Nos

hizo pensar que el ser humano es un ser necesitado de ayuda para mantener la esperanza.

La pandemia cerró las iglesias, nos encerró entre cuatro paredes y nos privó de nuestras libertades más fundamentales, trastornó nuestra psicología personal, llevándonos a tener miedo y desconcierto ante la situación que se había creado. Miedo e incertidumbre que no se ha terminado del todo, sino que sigue viva y resuena con fuerza especial en las personas que tuvieron algún familiar fallecido que murió en soledad, o sufrieron personalmente la gravedad de esta enfermedad.

Todo este panorama vivido durante los dos años de pandemia ha tenido una repercusión en nuestra identidad personal y cristiana de la que el ser humano aún no se ha curado. Más bien seguimos luchando por lograrlo, pero todo ello nos ha hecho tomar conciencia de que todo ser humano, y también las personas creyentes, necesitamos la ayuda de nuestra fe en un Dios que está a nuestro lado. Necesitamos reforzar nuestra fe y fortalecer nuestra confianza y esperanza en el Señor que sigue en medio de su pueblo y nos sigue ayudando.

La pandemia socavó nuestra confianza en nosotros mismos y en nuestras propias fuerzas y nos concienció de que necesitamos esperanza para afrontar la vida con ilusión y sentido, y que esa esperanza debe ser esperanza en Dios, que no abandona nunca a su pueblo ni a cada uno de sus hijos.

Gracias a Dios pasó la pandemia, pero no nos hemos recuperado del todo. Sus efectos siguen haciendo mella en las personas, y seguimos necesitando recuperar la esperanza de la vida después de tanto sufrimiento, necesitamos seguir recuperando la fe en el amor de Dios que murió por nosotros, y necesitamos seguir viendo nuestra vida con futuro, en el que tenemos que entregarnos de lleno a anunciar al Señor como nuestro único Salvador, que se preocupa de nosotros y nos ayuda en todos los momentos.

Necesitamos afianzar nuestra vida en la esperanza en el Señor que camina a nuestro lado, que va en nuestra misma barca y, tal vez, nos tiene que decir, como a aquellos discípulos ante la tempestad, o a Pedro cuando le manda ir hacia él andando sobre el agua: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?» (*Mt 14, 31*) porque a Él le interesamos cada uno y se interesa por nosotros y por nuestras cosas y preocupaciones, y es capaz de hacer renacer en nosotros confianza y la esperanza de nuestra salvación, si confiamos y esperamos en Él.

Hemos de hacer renacer nuestra esperanza en nuestra vida como algo urgente después de todo el dolor y la incertidumbre que vivimos, apoyándonos fundamentalmente en el amor de Dios que nunca falla ni nos abandona.

El Jubileo del año 2025, como peregrinos de la esperanza, es, sin duda, un acontecimiento de gracia en el que Dios nos va a ayudar a sentir la presencia de su persona y de su gracia en nuestra vida, y a recuperar el camino y el desti-

no hacia el que caminamos, teniéndolo siempre presente, y llevándolo en el corazón, y, en el momento presente, luchando cada día, para que el cansancio, el miedo y la dificultad no bloqueen nuestro camino, al contrario, se abran ante nosotros nuevos horizontes y panoramas desconocidos, descubriendo el amor de Dios en nosotros y descubriéndonos a nosotros mismos, a través del camino interior, que nos impulsa a luchar para lograr un mundo nuevo, en el que vivamos en paz y siendo constructores de paz, al mismo tiempo que peregrinos de esperanza.

Una vez más, y de una forma extraordinaria, Dios sale a nuestro encuentro, se acerca a nuestra vida y nos hace sentir su presencia y su amor, hecho misericordia para perdonar nuestros pecados y revivir en nosotros el ardor la ilusión y la esperanza en la vida de cada uno de sus hijos.

Nuestro mundo, nuestra Iglesia, y todos cuantos la formamos, necesitamos de este acontecimiento jubilar, porque necesitamos ver el mundo y los acontecimientos que nos rodean con la mirada de Dios.

Solamente desde esa mirada es desde donde seremos capaces de ver a Dios presente en este mundo y en los hombres y mujeres que forman parte de él.

El papa Francisco dice con ocasión de la Jornada mundial de oración por las vocaciones de este año 2024, que es necesario «cultivar en nosotros la mirada de la esperanza, para poder trabajar con fruto, respondiendo a la vocación

que se nos ha confiado, al servicio del Reino de Dios, reino de amor, de justicia y de paz. Esta esperanza, —sigue diciendo el Papa—, «no defrauda», porque se basa en la promesa de Cristo de «permanecer siempre con nosotros e implicarnos en la obra de la redención que Él quiere realizar en el corazón de cada persona y en el corazón de la creación».

Ello nos hará comprender y vivir con alegría, porque el bien que sembramos crece silenciosamente y nada podrá apartarnos del objetivo final de la obra evangelizadora: «El encuentro con Cristo y la alegría de vivir la fraternidad unos con otros por toda la eternidad».

Este destino final, y nuestra mirada al mismo, nos capacitarán para vivir con esperanza, evangelizar con entusiasmo y poder cumplir con entrega nuestra misión de evangelizadores y de agentes de evangelización que tenemos todos los bautizados y, especialmente, los sacerdotes porque sabemos que no somos francotiradores que luchan en solitario, sino acompañados, en todo momento, por el Señor, como Él nos lo prometió.

Dado en Ciudad Real, a 19 de mayo de 2024  
Solemnidad de Pentecostés

✠ Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Ciudad Real

